

Fish Bowl

Per Ana Virginia Hoyos Quijano

Desde que los científicos alertaran sobre el cambio climático, el calentamiento global y sus consecuencias, algunas personas conscientes de lo que significa se han propuesto a contribuir de la manera que mejor pueden. Como ciudadana motivada, hago uso del transporte público, que a mi modo de ver tiene varios aspectos mejorables. Dicho esto, tengo que decir que en la ciudad de Barcelona y más en la zona del Baix Llobregat en la que habito, el servicio está cubierto.

Moverse por la ciudad en transporte urbano es para unos una aventura, para otros una necesidad y algo rutinario. Y para muchos algo puntual. Hay tantos pasajeros como anécdotas y subirse a un bus, o al *tram*, puede ser un acto sencillo o todo un acontecimiento. En la ciudad de Barcelona el servicio cuenta con una flota variopinta. Están los renovados buses eléctricos de diseños sacados de una ciudad del futuro. Al subirte, te dan una sensación de estar asistiendo a un evento tecnológico. Miles de teclas con funciones específicas que dominan los dedos del chófer que, al pulsarlos, provocan sonidos particulares. Cuando llegan a la parada, lo hacen sin hacer ruido y acompañados de un suave silbido. Una nave aterrizando, más que un bus frenando. Me recuerdan a los platillos voladores de la serie de televisión *Los supersónicos*, que veía de pequeña. Pero, claro, también están los buses que llevan rodando toda la vida que parecen más dromedarios cansados, salidos de un cuento de aventuras antiguo y milenario. Los sonidos de la maquinaria van acompañados por ruidos cíclicos y algunos espontáneos. Una ventanilla con un tornillo flojo, o el sistema de amortiguación de los asientos con algún resorte a punto de salir por la cojinería, que a su vez está rota o tiene manchas que por su apariencia denotan años de uso, de haber transportado millares de pasajeros. Detalle más, detalle menos, son cápsulas que transportan tantas historias como pasajeros.

Como usuaria habitual de este medio de movilidad, en diferentes horarios, un día pude asistir a una animada conversación en la parada. Digamos que el inicio casual fue un preámbulo de lo que sería una confesión de vida. La señora con la que entablé conversación fumaba un cigarrillo. Se percató que me molestaba el humo y, amablemente, me invitó a cambiar de asiento en el banco mientras esperábamos que saliera el bus. Por su acento me di cuenta



que era de mi país de origen y como yo se movía por la ciudad en transporte público. La miré y sentí que al fumar su cigarrillo lo hacía casi con pasión. La calmaba. Sus ojos bastante cansados y de mirada amable, hablaban por ella. Eran un reclamo para invitarme a comentar algo más sobre el estado del tiempo. La mujer, que llevaba unos cuantos meses en España, había tenido que salir corriendo de su país, dejando atrás casa, hijos y familia. Una mala relación había convertido a su esposo en un blanco de la guerrilla, que en la zona en que vivían había cogido nuevamente fuerza. Ni el nuevo gobierno de izquierda había podido evitarlo. Ahora estaba estrenando vida en un lugar ajeno a ella y donde todo es nuevo y diferente. Agradecida por haber conservado su vida y a su esposo, ahora se dedicaba a limpiar casas de gente ajena cuando ella antes había tenido quien le limpiara la suya. Hablaba evocando un pasado que parecía muy lejano, pero realmente estaba recién llegada. Yo la escuchaba en silencio y sentía que todos, con pasados cercanos o lejanos, o presentes livianos o complicados, hemos sido esa pasajera del bus en algún momento de nuestras vidas y hemos contado nuestras historias para recordarnos que padecemos y cargamos vivencias que nos pesan o nos aligeran la existencia.

Los minutos compartidos en ese viaje de autobús, por cierto, modernísimo, me convirtieron en testigo de una vida sacada de una película. Me sentí sentada en primera fila. Al despedirnos, sentí una fuerte conexión con los ojos ojerosos de esa mirada amable, ahora más intensa y chispeante. Y ahí fue cuando me di cuenta que en ese espacio compacto con ventanillas que era un autobús, nos subimos atareados, rumiando en nuestra cabeza estados de ánimo, frustraciones, ocurrencias, historias, cuentas matemáticas y mil cosas. Y a veces sucede que con el que va al lado hacemos un clic en los ojos y pasamos de anónimos a visibles. En un mundo que tiende a la segmentación y el aislamiento, su historia me hizo poner en perspectiva la mía. Me recordó que también soy una inmigrante con muchos años fuera de casa. Ese fuera de casa eterno que llevamos, así sean muchos años los que hayamos vivido por fuera. Me hizo pensar hasta qué punto me estaba salvando ella a mi contándome su historia para recordarme también que yo tenía mucho que contar.

Me vino a la cabeza la frase de la canción *Wish You Were Here*, de Pink Floyd: “Éramos dos almas perdidas nadando en un acuario”.

Sant Just, febrero 12 de 2025.



**Diputació
Barcelona**

*Xarxa de Biblioteques
Municipals*